

401214
A7



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Ed. tip. «Sucesores de Rivadeneyra».—Pasco de San Vicente, 20.

LA MUJER DEL PORVENIR.

AL LECTOR.

Más bien te preveo hostil que te espero benévolo, lector, á quien por tanto no me atrevo á llamar amigo.

Te presento este librito, y si te propones leerle, me debes agradecer que sea tan breve, porque el asunto es largo, y te aseguro que me ha costado trabajo no decir más sobre él.

He procurado agrupar los argumentos y concentrar las razones para que tengan más fuerza, porque ya se me alcanza que no será poca la resistencia que necesitan vencer.

Los que se dirigen á ti, suelen tener la idea de atraerte á su creencia, á su opinión; mis pre-

011771

tensiones son más modestas: no intento persuadirte ni convencerte; toda mi ambición se limita á que al concluir estas páginas, dudes y digas, primero para ti y después para los otros:—¿Si tendrá razón esta mujer en algo de lo que dice?—

CAPÍTULO PRIMERO.

CONTRADICCIONES.

El error, tarde ó temprano, acaba por limitarse á sí mismo, y la primera forma de su impotencia, es la contradicción: si quisiera ser lógico, se haría imposible. La humanidad, que puede ser bastante ciega para dejarle sentar sus premisas, no es nunca bastante perversa ó insensata para permitirle que saque todas sus consecuencias: le opone su razón, sus afectos ó sus instintos, y él transige; podemos estar seguros de que donde hay contradicción, hay error ó impotencia.

Aplicando esta regla al papel que la mujer representa en la sociedad, por la falta de lógica del hombre, vendremos á convencernos de su falta de razón, primero, y de justicia, después.

Una mujer puede llegar á la más alta dignidad

que se concibe, puede ser madre de Dios: descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa, y el hombre que la venera sobre el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio. ¿Qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento impío sería que en el templo osara aspirar á la categoría del último sacristán. La lógica aquí sería escándalo, impiedad.

Si del orden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menor bulto. ¿Cómo una mujer ha de ser empleada en Aduanas ó en la Deuda, desempeñar un destino en Fomento ó en Gobernación? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se la reconoce aptitud para reina y para estanquera; que pretendiese ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica (1).

(1) No habíamos hecho mención de las maestras, que en el tiempo transcurrido desde que se escribió el libro han adquirido más importancia, y mejorado su condición económica. También en el ramo de Telégrafos se admiten telegrafistas del sexo femenino, pero sólo como apéndices de sus hermanos ó maridos, y recibiendo menos retribución que ellos. La novedad de más trascendencia, es consentir

En las relaciones de familia, en el trato del mundo, ¿qué lugar ocupa la mujer? Moral y socialmente considerada, ¿cuál es su valor? ¿cuál su puesto? Nadie es capaz de decirlo. Aquí es mirada con respeto, y con desprecio allá. Unas veces sufre esclava, otras tiraniza; ya no puede hacer valer su razón, ya impone su capricho. Buscad una regla, una ley moral: imposible es que la halléis en el caos que resulta del choque continuo entre las preocupaciones y la ilustración, el error y la verdad, la injusticia y la conciencia. El libertino que escarnece la virtud, cree en la de su madre; el cínico arriesga la vida en un desafío por defender el honor de su hermana; el que ha hecho muchas víctimas y hollado las más santas leyes, recibe como tal

á las mujeres que aprendan en los institutos y universidades, y expedirles certificados lo mismo que á cualquier alumno que aprueba una asignatura ó termina su carrera; pero aquí la contradicción es mayor que en ninguno de los casos mencionados. A la mujer que estudia se le da un documento que acredita su suficiencia, pero se le prohíbe ejercer la profesión para que se le reconozca aptitud. La autoridad le dice: Te concedo que sabes, pero si aplicas tus conocimientos, te perseguiré porque..... mando la Guardia civil, y obedezco á las preocupaciones.

un capricho de la que ama; el que tiene teorías y hábitos de tirano, viene á ser el esclavo de su hija ó de su nieta. El corazón, los instintos, la conciencia, se oponen de continuo en la práctica á esas teorías que conceden al hombre superioridad moral sobre la mujer. Se ve, pues, arrastrado á ceder de lo que llama su derecho cuando no abusa de él, y al conceder esta gracia, ya no establece reglas de justicia, porque no es fácil poner límites á la generosidad del que da por afecto, ni á la exigencia del que recibe sin reflexión. Así, pues, en las relaciones domésticas y sociales del hombre y la mujer, como lo que se llama justicia no lo es, ni puede por lo tanto convertirse en regla permanente y respetada, todo está á merced de los afectos y de las pasiones, todo es tan ocasionado á mudanzas como ellas, y por punto general, á las mujeres se les da más ó menos de lo que merecen y les es debido: son, el niño oprimido á quien se hace siempre guardar silencio, ó el niño mimado que impone su voluntad. Con sólo mirar lo que pasa en rededor nuestro, veremos tantas contradicciones como individuos hemos observado.

Si dejando las costumbres pasamos á las leyes, ¿qué es lo que ven nuestros ojos? ¡Ah! Un es-

pectáculo bien triste, porque la ley no tiene la flexibilidad de los afectos, y si el padre, y el esposo, y el hermano son inconsecuentes para ser justos, la ley inflexible no se compadece del dolor ni se detiene ante la injusticia. Las contradicciones de la ley pesan sin lenitivo alguno sobre la mujer desdichada. Exceptuando la ley de gananciales, tributo no sabemos cómo pagado á la justicia, rayo de luz que ha penetrado en obscuridad tan profunda, las leyes civiles consideran á la mujer como menor si está casada, y aun no estándolo, le niegan muchos de los derechos concedidos al hombre.

Si la ley civil mira á la mujer como un ser inferior al hombre, moral é intelectualmente considerada, ¿por qué la ley criminal le impone iguales penas cuando delinque? ¿Por qué para el derecho es mirada como inferior al hombre, y ante el deber se la tiene por igual á él? ¿Por qué no se la mira como al niño que obra sin discernimiento, ó cuando menos como al menor? Porque la conciencia alza su voz poderosa y se subleva ante la idea de que el sexo sea un motivo de impunidad: porque el absurdo de la inferioridad moral de la mujer toma aquí tales proporciones que le ven todos: porque el error

llega á uno de esos casos en que necesariamente tiene que limitarse á sí mismo, que transigir con la verdad y optar por la contradicción. Es monstruosa la que resulta entre la ley civil y la ley criminal; la una nos dice:—Eres un ser imperfecto; no puedo concederte derechos.—La otra:—Te considero igual al hombre y te impongo los mismos deberes; si faltas á ellos, incurrirás en idéntica pena.

La mujer más virtuosa é ilustrada se considera por la ley como inferior al hombre más vicioso é ignorante, y ni el amor de madre, ¡ni el santo amor de madre! cuando queda viuda, inspira al legislador confianza de que hará por sus hijos tanto como el hombre. ¡Absurdo increíble! (1).

(1) Con satisfacción grande señalamos un progreso en la ley civil que concede á la viuda patria potestad. Pero si la justicia triunfa, la contradicción aumenta, porque, ó con la muerte del marido la mujer adquiere cualidades y aptitudes que antes no tenía, ó mientras vive él, posee las suficientes para no ser tratada toda su vida como menor, sin poder administrar ni disponer de sus bienes, aunque el esposo infiel los emplee en ofenderla, en dar mal ejemplo á sus hijos, en torcer la justicia si acude á los Tribunales, y en hacerla la guerra por mil medios si no se resigna á todo.

Es tal la fuerza de la costumbre, que saludamos todas estas injusticias con el nombre de *derecho*.

Podríamos recorrer la órbita moral y legal de la mujer y hallaríamos en toda ella errores, contradicciones é injusticias. La mitad del género humano, la que más debiera contribuir á la armonía, se ha convertido por el hombre en un elemento de desorden, en un auxiliar del caos, de donde salen antagonismos y luchas sin fin.

Los problemas de la mujer en sus relaciones con el hombre y con la sociedad, están siempre más ó menos fuera de la ley lógica. ¿Es esto razonable? ¿es racional siquiera? No hay más que una razón, una lógica, una verdad. El que quiera introducir la pluralidad donde la unidad es necesaria, introduce la injusticia y con ella la desventura.

Si supiera el hombre que nunca se equivoca impunemente, buscaría el acierto con mayor solicitud. Nosotros, que tenemos esta íntima persuasión, procuraremos desvanecer los errores que existen con respecto á la mujer. Tal es el objeto del presente escrito.

CAPÍTULO II.

INFERIORIDAD DE LA MUJER.

Cuestión fisiológica.

Después de haber manifestado que las contradicciones en las leyes y en las costumbres con respecto á la mujer prueban los errores que acerca de ella existen, nos parece lógico investigar si su inferioridad social es consecuencia de su inferioridad orgánica; si así como su sistema muscular es más débil, su sistema nervioso es también más imperfecto; si hay en ella una desigualdad congénita que la rebaja; si su cerebro, en fin, es un instrumento del alma menos apropiado que el del hombre para las profundas meditaciones y los elevados pensamientos.

En los tiempos en que la fuerza material lo

era todo, se comprende que la mujer no fuese nada. La inferioridad de sus músculos debía hacer imposible la sanción de sus derechos, y en sociedades formadas por los combates y para los combates, ¿qué consideración había de merecer en la paz la que era inútil en la guerra?

Las sociedades modernas están lejos de haberse limpiado de la lepra de sus preocupaciones. Hijas de la conquista, no han renunciado del todo á la desdichada herencia de su madre, y aun hay leyes que parecen escritas con una lanza, costumbres formadas en el campamento romano, y opiniones salidas del castillo feudal. No obstante, el progreso es visible, la fuerza es cada vez menos fuerte, y en casi todas sus manifestaciones paga tributo á la inteligencia. Afiige, es cierto, ver la profanación de la ciencia aplicada á la guerra y convertida en elemento de destrucción; pero la gran ley providencial no se infringe: la sociedad, como el hombre, se mejora ilustrándose; en su cólera, es menos feroz, y cuanta más ciencia se emplea en la guerra, hay en ella menos crueldad: aun en el campo de la fuerza la victoria corresponde en adelante á los que saben más.

Si mucho en el presente, si más en el porve-

nir depende de la inteligencia, preciso será discutir si la de la mujer es realmente inferior á la del hombre, y si esta inferioridad es orgánica; ó lo que es lo mismo, si es obra de la Naturaleza. Consultemos para esta discusión á un gran maestro de la anatomía y de la fisiología del cerebro, á Gall, y como su opinión está conforme con la de otros muchos, veamos si se halla fundada en hechos y razones, ó si el gran observador, tan circunspecto casi siempre, resolvió esta cuestión sin meditarla bastante.

«Sólo por la diferente organización de los dos sexos, dice el Dr. Gall (1), puede explicarse cómo ciertas facultades son más enérgicas en el hombre y otras en la mujer.

»El cerebro de la mujer está generalmente menos desarrollado en su parte anterior-superior, y por eso, por lo común, las mujeres tienen la frente más estrecha y menos elevada que los hombres (2).

»Las mujeres, en cuanto á sus facultades intelectuales, son generalmente inferiores á los hombres (3).

(1) *Physiologie du cerveau.*

(2) Gall. *Physiologie du cerveau.*

(3) Gall. *Physiologie du cerveau.*

»Si tales debilidades (la superstición y la fe en oráculos, sueños, presagios, etc.) son más bien propios de las mujeres, aunque sean muy instruídas y de talento, la razón es que, generalmente, la parte cerebral anterior-superior adquiere un desarrollo mucho menor en las mujeres que en los hombres, y que, por consiguiente, apenas les ocurre que no puede haber ningún suceso, ningún efecto sin causa.» (1).

Por lo que dejamos copiado, y por otras citas que podríamos hacer de la misma obra, se ve que, en opinión de Gall, la inferioridad intelectual de la mujer es *orgánica*. Veamos ahora si al afirmarlo así, apoyándose en el menor volumen de la parte anterior-superior de la cabeza de la mujer, no está en contradicción consigo mismo y con los hechos.

«La energía de las funciones (del cerebro) no depende solamente del *tamaño* de los órganos, sino también de su *irritabilidad*.

.....

»Las mujeres están dotadas de una *irritabi-*

(1) Gall. *Physiologie du cerveau*.

lidad más pronta y de una sensibilidad más exquisita (1).

»La perfección, con la cual los sistemas nerviosos diferentes del encéfalo llenan sus funciones, no depende de *ningún modo* de la masa mayor ó menor del cerebro, sino de su propia organización más ó menos perfecta. ¿No vemos ciertos insectos dotados de un tacto, de un oído, de un gusto sumamente delicados, aunque su cerebro es muy sencillo y muy pequeño? (2).

»Vemos, además, que la naturaleza con masas cerebrales *extraordinariamente pequeñas*, llega á producir los efectos más admirables; ¿quién no recuerda aquí la hormiga, la abeja, etc., etc.? (3).

»Por más que el hombre esté organizado de la manera más perfecta, *el ejercicio es indispensable para aprender á combinar muchas ideas relativamente á ciertos objetos*» (4).

Resulta, pues, que el mismo autor que da como cosa cierta la inferioridad intelectual de la mujer, apoyándose en el volumen menor de

(1) Gall. *Physiologie du cerveau*.

(2) Gall. *Physiologie du cerveau*.

(3) Gall. *Physiologie du cerveau*.

(4) Gall. *Physiologie du cerveau*.

su frente, afirma que *la energía de las funciones del cerebro no depende solamente de su tamaño; que con masas cerebrales muy pequeñas, la naturaleza produce los efectos más admirables; que la IRRITABILIDAD de los órganos influye en la energía de las funciones*, con todo lo demás que acabamos de ver. Fijémonos bien en esta última circunstancia: la *irritabilidad*. Gall dice, y todo el mundo sabe, que el sistema nervioso de la mujer es más *irritable*; el vulgo dice que es más *nerviosa*, y está fuera de duda que su sistema nervioso tiene más actividad. Siendo, pues, más activo, ¿no podrá hacer el mismo trabajo intelectual con menor volumen? ¿No vemos esto mismo en muchos hombres más inteligentes que otros, cuya frente es mucho mayor? Cualquiera que haya observado cabezas y comparado inteligencias, ¿puede dudar de que en muchos casos la *calidad* de la masa cerebral suple la *cantidad*?

Además, según la experiencia lo aconseja, y el autor que vamos refutando lo hace, no se han de apreciar las masas cerebrales teniendo en cuenta su volumen absoluto, sino el relativo; de otro modo, el elefante y muchos cetáceos serían más inteligentes que el hombre. Apreciando,

pues, como se debe, el volumen de la cabeza de la mujer, no de una manera absoluta, sino relativa, ¿resultará menor que la del hombre? Si su cuerpo es menor, ¿no ha de serlo la masa cerebral?

No siendo el diámetro del occipital al frontal, que es mayor en la mujer, lo cual atribuye Gall al mayor desarrollo del órgano del amor á los hijos; no siendo este diámetro, decimos, todos los demás de la cabeza de la mujer son menores que los de la del hombre, ó lo que es lo mismo, la cabeza de la mujer es más pequeña. Si fuera necesaria la igualdad de volumen para que la energía en las funciones fuese la misma, la inferioridad de la mujer sería para todo. Sus sentidos serían más torpes, y siguiendo á Gall en su clasificación de facultades, sería menor su circunspección, su instinto de localidad, su amor á la propiedad, su sentimiento de la justicia, su disposición para las artes, etc., etc. Nada de esto sucede: en la mayor parte de las facultades la mujer es igual al hombre; la diferencia intelectual sólo empieza donde empieza la de la educación. Los maestros de primeras letras no hallan diferencia en las facultades de los niños y de las niñas, y si la hay, es en favor de éstas,

más dóciles por lo común y más precoces.

En la gente del pueblo, entre los labradores rudos y siempre que los dos sexos están igualmente sin educar, ¿qué observador competente puede decir con verdad que nota en el hombre superioridad intelectual? En los matrimonios de esta clase, la autoridad del marido se apoya en su fuerza muscular; de ningún modo en la de su inteligencia.

Dice el Dr. Gall que el órgano del cálculo está generalmente menos desarrollado en las mujeres que en los hombres; pero nunca hemos visto que los niños cuenten mejor que las niñas antes de aprender aritmética, ni que los hombres del pueblo que no la saben manifiesten mayores disposiciones para el cálculo que las mujeres.

Bien podría suceder también, que como la forma del cráneo depende de la del cerebro, y todo órgano aumenta con el ejercicio y disminuye en la inacción, bien podría suceder, decimos, que no cultivando las mujeres ciertas facultades, los órganos del cerebro correspondientes menguasen por falta de ejercicio; que esto contribuyese algo á su menor volumen, siendo efecto lo que se considera como causa.

Ya hemos dicho que, según el Dr. Gall: «Por más que el hombre esté organizado de la manera *más perfecta*, *el ejercicio es indispensable* para aprender á combinar muchas ideas, relativamente á ciertos objetos.» ¿Tienen las mujeres este ejercicio indispensable? ¿Pueden tenerle? Y si no le tienen, ni por regla general es posible que le tengan, ¿cómo combinarán muchas ideas, relativamente á ciertos objetos, tarea que en efecto necesita una gran gimnasia intelectual?

El trabajo de la inteligencia está lejos de ser una cosa espontánea en el hombre. El temor, la necesidad, el cálculo, el amor á la gloria, vencen la natural repugnancia que por lo común inspiran las fatigas del entendimiento. El profesor y el discípulo necesitan un esfuerzo, grande por regla general, para habituarse á los estudios graves y á las meditaciones profundas. ¿Cómo las mujeres vencerán esta resistencia natural, cuando para vencerla no ven objeto; cuando se les dice que no la pueden ni la deben vencer, y cuando tienen para ello hasta imposibilidad material? Si ciertas facultades sólo se revelan con el ejercicio continuado, cuando este ejercicio falta, de que no se manifiestan ¿debe con-

cluirse que no existen? ¡Extraña lógica! Tanto valdría afirmar que un hombre no tiene brazos, porque habiéndolos tenido toda la vida ligados y en la inacción, no puede levantar un gran peso. Y decimos *grande*, porque la mujer no aparece privada de ninguna de las facultades del hombre: como él, reflexiona, compara, calcula, medita, prevé, recuerda, observa, etc. La diferencia está en la intensidad de estas funciones del alma y en los objetos á que se aplican. Su esfera de acción es más limitada, pero no vemos que en ella revele inferioridad. La inferioridad, dicen, aparecería si la esfera se ensanchase. Esto es lo que no hemos visto demostrado con razones; esto es lo que nadie puede probar con hechos; esto es lo que importa mucho que se averigüe, y esto es lo que con el tiempo se averiguará. Palabras sonoras, pero vacías: autoridades, costumbres, leyes, rutinas, y el ridículo y el tiempo; esto es lo que suele traerse al debate en vez de razones. En tratándose de las mujeres, los mayores absurdos se sientan como axiomas que no necesitan demostración.

Ni el estudio de la fisiología del cerebro ni la observación de lo que pasa en el mundo, autorizan para afirmar resueltamente que la inferioridad

ridad intelectual de la mujer sea *orgánica*, porque no existe donde los dos sexos están igualmente sin educar, ni empieza en las clases educadas, sino donde empieza la diferencia de la educación.

CAPÍTULO III.

INFERIORIDAD MORAL DE LA MUJER.

Hay autores (les haremos el favor de no citarlos) que afirman la inferioridad moral de la mujer; hay leyes que no se comprenden si no son consecuencia de la misma opinión, y la suponen también algunas costumbres, aunque pocas, y próximas á desaparecer. En las costumbres, este error puede decirse que acaba, que está agonizando.

¿Qué es la superioridad moral? Comparando dos seres libres y responsables, es moralmente superior al otro aquel que tenga más bondad y más virtud, aquel que sienta menos impulsos malos ó los enfrene con mayor energía, aquel que haga más bien y menos mal á sus semejantes, y para decirlo brevemente: aquel que sea *mejor*. ¿El hombre es *mejor* que la mujer? Investiguémoslo.

La bondad es sensibilidad, compasión y paciencia. ¿El hombre es tan sensible, tan compasivo y tan paciente como la mujer? Suponemos que no habrá ninguno bastante obcecado para responder afirmativamente; mas por si lo hubiere, que al cabo existen en el mundo seres inverosímiles, nos haremos cargo de algunos hechos de tanto bulto, que quien no los vea podrá palparlos.

La paciencia de la mujer, facultad que tiene bien ejercitada, se echa de ver en todas las situaciones de la vida. Niña, empieza á auxiliar á su madre, á cuidar á sus hermanos pequeñuelos, á ocuparse en faenas minuciosas y en labores de un trabajo prolijo, que acepta sin murmurar, y á que sería difícil, si no imposible, sujetar á ningún niño. Madre, tiene con sus hijos una paciencia verdaderamente infinita, de que ni remotamente es capaz el hombre. Sin que creamos que todos los maridos son unos tiranos, sabiendo, por el contrario, que hay muchos, muchísimos muy buenos, y que casi todos son mejores de lo que debería esperarse dadas las leyes, las opiniones y el estado de inferioridad intelectual de la mujer, no obstante, no nos parece dudoso que, generalmente

hablando, la paz de los matrimonios exige mayor paciencia de la esposa, que, con pocas excepciones, es la más paciente.

Teniendo menos fuerza, es providencial que la mujer tenga más paciencia; si no, sucumbiría en una lucha fácil de provocar é imposible de sostener.

Que la sensibilidad de la mujer es mayor se ve harto claro, aun sin observarla; todo la conmueve, todo la impresiona más que al hombre. Se asusta, se exalta, se entusiasma, adivina antes que él. Su ¡ay! es el primero que se escucha, su lágrima la primera que brilla; los dolores le duelen más, y cuando el hombre se estremece, ella tiene una convulsión. El fisiólogo dice que es más *irritable*, el vulgo que es más *débil*; pero todos convienen, porque es evidente para todos, en que es más *sensible*.

¿Quién cuida del niño abandonado, del enfermo desvalido y del anciano decrepito? ¿Quién halla disculpa para todos los extravíos del triste? ¿Quién tiene lágrimas para todos los afligidos? ¿Quién no puede ver llanto sin llorar? ¿Quién padece *con* los que sufren y es *compasiva* como la mujer? No suele el hombre afligirse al

par de ella de los ajenos dolores, ni afanarse tanto por buscarles alivio.

Siendo más paciente, más sensible y más compasiva, ¿no podremos concluir que es *mejor*?

Y si cuando se trata de consolar á los tristes la mujer se presenta la primera, ¿lo es también para hacer desgraciados, para causar mal? ¿Infringe los preceptos de Dios y las leyes humanas, ataca la honra, la vida y la propiedad con tanta frecuencia como el hombre? Aquí responden los números.

La mujer, más impresionable, menos educada, puesta á veces por la opinión en circunstancias terribles, oprimida otras por la fuerza brutal; reducidas muchas á la miseria por la sociedad que le cierra la mayor parte de los caminos para ganar su subsistencia, escuchando el grito horrible de sus hijos hambrientos cuando no tiene pan que darles, recibiendo el bofetón ignominioso del desprecio público cuando ha sido débil, expuesta al tedio por falta de ocupación racional y útil, la mujer debía abandonarse á la desesperación con más frecuencia que el hombre y recurrir más veces al suicidio. Y, sin embargo, no es así; el ser débil soporta con mayor fortaleza una vida de dolores; lucha

hasta caer herida por la mano de Dios omnipotente, y no por la suya culpable. La proporción varía de unos países á otros, pero en todos es menor el número de mujeres que se suicidan que el de hombres.

No falta quien diga que esto es cobardía; ¡como si el suicidio fuera un acto de valor, y como si las mujeres no supieran arrostrar la muerte cuando el deber ó la caridad lo mandan, como si retrocedieran ante el peligro en los cataclismos y las epidemias!

Las mismas causas que debieran impulsar al suicidio más mujeres que hombres, debían llevar mayor número á las cárceles. Más pobres, más despreciadas y con peor educación, están en las circunstancias más propias para ceder á las tentaciones del crimen y pagar mayor tributo á la prisión y al patíbulo. No sucede así. En ningún pueblo del mundo puede compararse la criminalidad de la mujer con la del hombre, ni por el número ni por la gravedad de los delitos. En los Estados Unidos, donde están mejor educadas y tienen mayor facilidad de ganar el sustento honradamente, el número de mujeres criminales es tan corto, que al establecer el sistema penitenciario creyeron los reformadores

que podían prescindir de ellas. En España la proporción de criminalidad entre los dos sexos es de *siete* hombres por *una* mujer, y mientras en los hombres la cuarta parte de los delitos son contra las personas, entre las mujeres, uno de trece.

Cuando la mujer, en las malas condiciones en que está, hallando tantas dificultades para proveer á su subsistencia, careciendo de educación y siendo poco considerada, en general, se ve más en las casas de beneficencia y menos en las prisiones que el hombre; es decir, que hace á la sociedad más bien y menos mal, ¿no podremos afirmar que es mejor?

Observando con atención é imparcialidad no es posible desconocer la superioridad moral de la mujer. Sus pasiones son menos agresivas, y menos fuertes en ellas esos instintos cuya preponderancia conduce al crimen. El deseo de agradar, que torcido por una educación absurda la lleva con frecuencia á ridículas frivolidades, la hace muy sensible á la reprobación, y en muchos casos le sirve de freno. Tienen sus pasiones otro eficaz, el sentimiento religioso, mucho más fuerte en ella que en el hombre. El temor de Dios la contiene, su amor la eleva y la purifica, y la esperanza en Él le da fortaleza y resigna-

ción; el sexo *piadoso* tiene en la piedad un elemento más para marchar con firmeza por el camino de la virtud y para levantarse cuando una vez ha caído.

Padres amantes que veis con tristeza el nacimiento de una hija porque prevéis para ella más penalidades que si fuera varón, calmaos, porque esta criatura, físicamente débil y sujeta á tantos dolores, tendrá la fortaleza de la resignación y el consuelo de la esperanza. Su mayor sensibilidad, origen de muchas tristezas, lo será también de muchas alegrías; las malas pasiones la arrastrarán menos veces, y en medio de la lucha recia con el mundo, le será más fácil hallar la paz del alma. Ni siempre que aparezca como víctima lo será en efecto, porque halla más goces en la abnegación que en el egoísmo. Si va mucho por los caminos de la tristeza, no frecuentará los de la culpa. Sus ojos derramarán lágrimas, pero casi nunca sus manos verterán sangre. No recibáis á la pobre niña recién nacida con desdén ó con temor; dadle el ósculo de bienvenida, diciendo: ¡Hija del alma! Si acaso eres menos afortunada por ser mujer, también serás probablemente mejor.